

Minicuentos, cuentos y reflexiones en tiempos de pandemia

Marisa Greco

El abuelo salió al jardín

En la tercera semana de la cuarentena el abuelo que corta el pasto salió al jardín. Tomó dos cajones y los llenó de tierra. En uno puso semillas de acelga y en el otro semillas de radicheta. Los regó todos los días con tu regadera. Al sexto día las acelgas asomaron sus cabecitas mientras las radichetas seguían durmiendo. Al séptimo día se despertaron las radichetas y le ganaron a las otras en su microscópica altura. Ahora nos sentamos a mirar quién ganará.

El niño

El niño está en su casa ¿Por qué no voy al jardín? ¿Por qué no salgo a la calle? ¿Por qué no voy a la casa de abuelitos? ¿Por qué no tengo paseos? El niño poco puede entender lo que no entienden los grandes. Como el planeta, está preso de lo minúsculo, del virus que arrasa como si fuera un relato de ciencia ficción o una maldición bíblica, aunque no oyó de esas historias ni sabe de monstruos, acunado en el amor de su familia.

Poco a poco se acostumbra a la nueva rutina. Aprende muchas palabras. Juega y quiere/odia a esa nenita chiquita que compite en la atención de los padres. Se entretiene con los objetos. Arma largas filas zigzagueantes de juguetes, medias, zapatillas y todo lo que encuentra. Todos los días habla un rato en su lenguaje con los abuelos bidimensionales de la pantalla y les muestra lo que tiene. La abu le graba cuentos.

Un momento esperado por el niño en el mundo de afuera: todas las noches pasa el camión de la basura y él corre a la ventana para ver a los recolectores.

Y los días pasan: uno, dos, quince, treinta y nueve, cincuenta y tres.

La mujer

La mujer mira el parque y piensa. Soy prisionera de lujo sin haber delinquido. Mi cárcel es una hermosa casa de la que no puedo salir. Me siento como un personaje de algunas obras leídas. Tal vez alguien de *Ensayo sobre la ceguera*, que de pronto se contagia, sin saber de dónde ni porqué. O como alguno de los diez que huyeron de la peste bubónica en el *Decamerón*. O tal vez de *Goldmundo* en esa maravillosa novela de Herman Hesse ¡Benditos sean los libros que ensanchan el mundo y aportan tantas miradas diferentes y ricas sobre él y sobre los hombres!

La mujer mira el parque con ojos renovados. Tiene todo el tiempo, sin prisas ni obligaciones. Sólo quedarse en casa. Mirando los álamos que ondean cuando sopla la brisa, El *grataeus* bicolor entre la ligustrina y la hiedra, la higuera con las palabras resonantes de Juana de Ibarburou que le recitaba al niño, la hamaca del niño, su casita, su arco.

Y los pájaros que se han adueñado del verde, extrañamente verde en el mes de mayo, cuando ya debería haberse amarilleado el césped y caído las hojas de los árboles.

El que se está preparando es el roble, pero el *gingho biloba* aún está en pleno verdor. Hay dos zorzales que saltan y vuelan, tres horneros que caminan por el pasto, varios chingolos, gorriones, jilgueros y hasta un colibrí que liba en la rosa china de color rojo disputando con los abejorros. Y las mariposas monarca, hijas de esas que depositaron sus huevos en la planta de florcitas coloradas

y amarillas, de las que salieron las feas orugas que se convirtieron en larvas y más tarde en estas bellas aladas.

Y en pleno mayo que todavía primaverea. ¡Qué extraño!

No menos extraño que esta pandemia que nos asuela.